

# Urbanismo y urbanistas en la urbe global

**Artemio Baigorri**

Profesor área de Sociología, Facultad de Ciencias Económicas,  
Universidad de Extremadura, España.

**Palabras clave**

Urbanismo, planeamiento, sociología urbana, epistemología,  
transdisciplinariedad, urbe global, enseñanza, universidad.

**Keywords**

Urbanism, urban planning, planners, urban sociology,  
transdisciplinarity, global city, learning, university.

**Urbanismos y urbanistas en la urbe global**

**Urbanism and urban planners in the global city**

A partir del carácter transdisciplinario del *urbanismo*, pensamos en la formulación de los urbanistas. Considerando al urbanista como actor, también como producto histórico, vemos la evolución del *urbanismo* como ciencia y como práctica, y la realidad contemporánea de una *urbe global* que interconecta y unifica el planeta como un todo, determinando la tarea del urbanista. Pero junto a dichas tendencias globalizadas, el urbanista –también debe incidir en ello su formación– es además producto de los condicionamientos culturales locales. Por tal razón se propone la formación de urbanistas glocales, capaces de realizar la conexión entre lo local y lo global, entre lo territorial y lo social, entre lo físico y lo virtual.

## Introducción

Mi intervención pretende repensar, en términos actuales y teniendo a la vista las nuevas realidades tecnológicas, sociales y culturales, mi propuesta epistémica sobre la *urbanística y las ciencias del territorio*, expuesta en Baigorri, 1995. Pero pretende hacerlo, además, teniendo a la vista una finalidad específica: esto es, la reflexión en torno a la formación de urbanistas en la Universidad Nacional de Colombia, que el profesorado de su facultad de artes viene planteándose en los últimos tiempos.

Así, me centraré en intentar aportar algunas ideas, con pretensiones de generalización universalista –huyendo, por tanto, de particularismos en todo lo posible, pero sin que ello suponga ignorar las diferencias culturales– sobre lo que hoy podemos entender por *urbanismo*, pero más específicamente sobre lo que hoy podemos entender por *urbanistas*, su papel y sus currículos formativos.

Naturalmente, mis reflexiones han de presentar algunos sesgos, de cuyo origen debo siquiera advertir. En primer lugar, mi condición de sociólogo; en segundo lugar, la condición transdisciplinaria con que he conceptualizado siempre el urbanismo; en tercer lugar, el hecho de que, después de tres lustros de práctica en el urbanismo y la ordenación territorial en España, en espacios rurales y urbanos, en grandes y en pequeñas ciudades, abandoné dicha práctica hace más de un lustro, circunscribiéndome desde entonces a elaboraciones de naturaleza más teórica. Mis aportaciones en este terreno se han recogido, sobre todo, en mi libro *Hacia la urbe global* (Baigorri, 2001), además de en otros trabajos previos (Baigorri, 1990, 1996, 1998, 1999, y 1999bis, fundamentalmente).

Finalmente, debo advertir que, por tratarse de una intervención dinámica, he intentado huir de todo aparato erudito, por lo que no incluiré otras citas o referencias que la localización bibliográfica de mis trabajos citados.

Desde mi perspectiva, el urbanista es un producto histórico cuya función y rol vienen determinados por cuatro elementos condicionantes.

1. La evolución conceptual: las rutas hacia la urbanística.
2. La globalización: la formación de la urbe global.
3. Los condicionamientos culturales regionales/locales: la glocalización.
4. La virtualización de la enseñanza.

En los siguientes apartados me detendré a analizar cada uno de estos elementos, en una intervención que pretende, en mucha mayor medida, plantear preguntas que dar respuestas.

### 1. La evolución conceptual: las rutas hacia la urbanística

No es posible hacer una historia del urbanismo, ni siquiera de la urbanística, en diez minutos, por lo que remito a mi trabajo (Baigorri, 1995) para una revisión sintética desde mi particular perspectiva sociológica.

Sin embargo, sí que podemos establecer alguna especie de esquema evolutivo que nos ayude a situar a los profesionales y estudiosos actuales en un marco general diacrónico, por cuanto las concepciones actuales, de la ciencia –si es que consideramos al urbanismo, o a la urbanística, o a las ciencias del territorio, en un sentido más general, como ciencia– y de la práctica profesional – la praxis, la ciencia aplicada, la técnica, si se quiere– descansan, obviamente, en una tradición que va ya para dos siglos.

Naturalmente, una revisión de estas características nos llevaría a definir una serie de tipologías entre los “urbanistas realmente existentes” en cada momento histórico, que pueden llevar a confusión cuando pensamos en el estatus de urbanista. Pues no es lo mismo pensar en urbanistas aplicados a la práctica, como Le Corbusier, que en fundadores como Patrick Geddes, reformadores como Jane Jacobs, o teóricos como Henri Lefèbvre. Esas tipologías han existido prácticamente desde la fundación misma del urbanismo, en el siglo XIX, y siguen presentes en la actualidad en el universo académico-profesional.

A continuación se presenta una síntesis de esas tipologías, donde se reduce, en cierto modo, la historia del urbanismo moderno a las dos “rutas” que se proponen en el esquema siguiente.



El origen de ambas rutas, o tradiciones, es sin duda común, como lo es, si mis previsiones son acertadas, su destino. En el origen está la crítica demoledora que los primeros científicos sociales con conciencia de serlo hicieron, a lo largo del siglo XIX, de la ciudad industrial/capitalista que se venía conformando en Europa. Las dos tradiciones surgen como respuesta a esa crítica, que se generalizará, sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX, entre humanistas y regeneracionistas nada sospechosos de filosocialismo, como la condesa Dohna-Poninski, quien bajo el seudónimo de "Arminius" publicó en Alemania, en 1874, un impactante libro titulado *La penuria habitacional de las grandes ciudades y los fundamentos de una ayuda efectiva*, en el que, por ejemplo, el concepto de "habitación" (o de habitabilidad, remitiéndonos al concepto moderno) no se limita a la casa, sino también a las superficies verdes y lugares de esparcimiento y descanso circundantes. Es un momento fundamental en la historia del urbanismo; pensemos que apenas dos años antes Engels había publicado los artículos que conforman su ensayo *Contribución al problema de la vivienda*.

El origen del urbanismo moderno, como hoy lo entendemos, no está tanto en los planes de ensanche que, sobre todo a mediados del siglo XIX, se generalizaron en todas las grandes ciudades europeas (ensanches que, con mayor o menor virtud y extensión, venían produciéndose en las ciudades desde la Edad Media), como en la crítica de los efectos que dichos ensanches tuvieron en las ciudades y sociedades de la época. Como muy agudamente señaló Engels en su famoso opúsculo: "*Las calles son ensanchadas, se abren otras nuevas, pasan por ellas ferrocarriles. En el mismo momento en que los obreros afluyen en gran número a las ciudades, las viviendas obreras son destruidas en masa*". El urbanismo no se deriva del hecho de hacer ciudad, del mismo modo que la física no se deriva de la existencia de los minerales; el urbanismo surge como tal de la reflexión crítica sobre la forma de hacer ciudad, del mismo modo que la física deriva de la reflexión del hombre sobre su naturaleza circundante. Y sólo en la segunda mitad del siglo XIX, tras la irrupción en todos los órdenes de la sociedad industrial, podía surgir esa reflexión crítica respecto de la ciudad. No es casual que Emerson, quizás el primer pensador autóctono norteamericano, pronunciase entonces esa tan repetida frase suya: "*Primero los hombres se construyen las casas, pero luego las casas construyen a los hombres*". En suma, no hay que buscar el origen del urbanismo, a la manera de los eruditos, rastreando autores en busca de la primera vez en que la palabra fue dicha, sino rastreando la primera vez que, utilizándose o no la palabra urbanismo, alguien puso en crisis el proceso de producción de ciudad realmente existente.

La respuesta a aquellas críticas primigenias tendrá dos expresiones, una de carácter técnico-aplicado, y la otra de carácter científico, más centrada en lo teórico.

Por un lado, está la *respuesta técnica* (tecnocrática en el sentido moderno) que, a partir del

famoso tratado de Sitte, *Principios artísticos de la construcción moderna* (1889), abrirá un ancho camino a través de la praxis, primero a ingenieros y arquitectos, y desde mediados del siglo XX también a los abogados. Y podemos quedarnos con algunas expresiones del propio Sitte para entender en toda su complejidad la ruta que abrió este arquitecto. Porque, en realidad, Sitte es apenas un fachadista, un tramoyista de la ciudad capitalista, que intenta hacerla más bella pero sin intervenir en sus estructuras fundamentales. Es cierto que recupera el *dictum* aristotélico, según el cual la ciudad existe para dar seguridad y felicidad a los hombres, pero deja muy claro que el trabajo del urbanista tal y como él lo entiende, como un artista, apenas necesita como campo de trabajo *“algunas calles principales y plazas; el resto puede dejarlo librado al tránsito y a las necesidades materiales cotidianas”*.

En realidad, los primeros pasos de la vía técnica, o de la praxis, se limitaron a plantear la necesidad de mejorar la habitabilidad de las ciudades mediante el mejoramiento de las infraestructuras higiénico-sanitarias (ingeniería), y de la calidad de las viviendas obreras (arquitectura). Todo ello está muy presente todavía en Le Corbusier, y abrirá un camino a caballo entre el despotismo ilustrado de los técnicos que supuestamente responden al interés público trabajando para el Estado y el *“laissez faire, laissez passer”* de los técnicos que están al servicio de las grandes empresas inmobiliarias. Un camino que, sin agotarse, no conduce a ningún sitio decente en una sociedad en la que la propia creación de ciudad se ha convertido en uno de los motores económicos del sistema (Baigorri, 1990).

En cuanto a la *respuesta científica*, fundamentalmente –aunque no exclusivamente– desde las ciencias sociales, buscará más bien la construcción de un *corpus* teórico que sea a la vez aplicable y, con suerte, aplicado. Sin duda, es Geddes no sólo el más ínclito representante de esta senda, sino también el que ha inspirado a casi todos cuantos han transitado luego por ella. Pues aunque algunos sociólogos académicos, como Durkheim y luego Simmel o Weber, intentaron comprender la ciudad como el fenómeno social por excelencia, sólo Geddes plantea de manera explícita (aunque sin éxito en su propia experiencia vital) el urbanismo como una ciencia aplicada, orientada no sólo al análisis, sino también a la acción. Sus propuestas alimentarán débilmente a los sociólogos de la Escuela de Chicago (quienes hacen sus propias aportaciones prácticas, aunque más orientadas a la asistencia social que a la urbanística), y a su través a una geografía urbana que desde su mismo origen será claramente feudataria de la sociología urbana –a la que apenas añade el estudio de la forma.

En cualquier caso, sólo perimetralmente los protagonistas de esta ruta se han acercado, a lo largo del siglo XX, a la praxis, y casi siempre lo han hecho como meros apéndices de los técnicos. El sociólogo Henri Lefèbvre, último gran hito en la ruta, se lamentó en más de una ocasión de no

haber podido aplicar sus conocimientos a la praxis urbana, aunque sí lo hicieron algunos de sus mejores discípulos, como el español Mario Gaviria, que imparte su magisterio, y deja su particular impronta ecologista, en numerosos proyectos de planeamiento urbano entre los años sesenta y noventa del siglo XX.

Por supuesto que casi desde el inicio de la bifurcación han habido intentos por encontrar caminos confluyentes. La publicación de *Ciudades-jardin del futuro* de Ebenezer Howard, en 1898, es probablemente un hito importante. Pero será a partir de finales de los años sesenta del siglo XX cuando, en el marco de la crisis del sistema civilizatorio industrial, y de los fundamentos científicos modernos, han de surgir los auténticos intentos de caminar a caballo de ambas rutas, camino de la transdisciplinariedad que, parécenos hoy, constituye el destino final del urbanismo, según hemos expuesto en Baigorri, 1995. Mi propio caso es un ejemplo de *transdisciplinariedad aplicada*. A lo largo de casi veinte años de experiencia en el planeamiento urbanístico y territorial (entre mediados los años setenta y mediados los noventa, cuando definitivamente aburrido abandoné la práctica del urbanismo), fui alejándome de manera progresiva del papel de anexo floral a que los técnicos querrían reducirnos a los societarios. Yo creía que el hecho de no saber encargar e interpretar un cálculo de estructuras, o de no saber trazar una red de abastecimiento, en modo alguno limitaba mi capacidad para el planeamiento urbano, ni siquiera para el diseño urbano. Fue a veces duro, pero poco a poco tanto los técnicos con quienes trabajaba, como los técnicos de las administraciones públicas a quienes había que rendir cuentas, fueron aprendiendo que la coordinación superior de un proyecto de planeamiento no corresponde, de modo natural, al técnico, sino a aquel organizador capaz de superar las limitaciones disciplinarias para establecer una imagen global del proyecto capaz de arrastrar a todo un equipo pluridisciplinar y, sobre todo, a la comunidad a la que va dirigido dicho proyecto.

La crítica demoledora de Lefèbvre contra la falsa multidisciplinariedad del urbanismo tecno-estructuralista; las propuestas orgánicas de Alexander, la crítica comunitarista de David Riesman, y luego Jane Jacobs, o directamente ecologista de Paul Goodman; las propuestas participativas, desde la arquitectura de Percival Goodman y el propio Alexander; la recuperación de Mumford, simbólico albacea pero a la vez enriquecedor del pensamiento de Geddes; las apuestas libertarias de Ivan Illich o la propuesta anarquista y explícitamente ecologista de Murray Bukchim; el retorno de la sociología a la forma olvidada, primero con Kevin Lynch y luego con William H. Whyte... Entre los años sesenta y finales de los setenta, en poco más de tres lustros, se construyó todo el constructo que, durante las últimas décadas del siglo XX, y sin lugar a dudas al menos durante el primer tercio del siglo XXI, ha alimentado y alimentará la formación del urbanismo transdisciplinario. En esto se han formado ya, a veces sin ser conscientes de ello, las últimas

generaciones de técnicos, que de forma apenas imperceptible, pero en un proceso imparable, han venido alejándose de su matriz (la construcción o la ingeniería civil) para convertirse en algo distinto, algo que de forma creciente se reivindica en su propia identidad: *urbanistas*.

Ese es, por tanto, el primer elemento que ha de caracterizar a los urbanistas y el urbanismo del siglo XXI: la convicción de que el urbanismo constituye una rama científica específica (sea como tal urbanismo, o enmarcado en unas ciencias del territorio), y, sobre todo, una actividad profesional específica y con personalidad propia, producto de la confluencia transdisciplinaria de conocimientos y habilidades bien dispares, procedentes de la ecología, la sociología, la economía, el diseño, el cálculo, la historia del arte, el derecho y la ciencia política, etcétera.

## **2. La globalización: hacia la urbe global**

Pero, entre tanto, la ciudad ha dejado de ser lo que era, un contenedor físico, para convertirse en un magma global: la urbe global. Un magma en el que, por supuesto, subsisten los contenedores, los nodos físicos de los que los humanos somos habitantes, cada vez de forma más fluctuante lo cual justifica la práctica urbana. Pero en el que el tipo de problemas a los que el urbanista debe enfrentarse son de orden distinto a los tradicionales del ornato y la higiene. Veamos cómo ha ocurrido y a dónde nos ha llevado el asunto.

**En el principio el mundo fue una *terra ignota***; los seres humanos se agrupaban en pequeños asentamientos autosuficientes, en un entorno medioambiental humanizado reducido y, por tanto, temido más allá de ciertos límites. Las relaciones entre los distintos asentamientos eran casi aleatorias, a menudo sólo derivadas del impulso exogámico característico de los pueblos más emprendedores.

Algunos grupos humanos sobrepasaron ese estadio prehistórico, incorporándose a la revolución tecnológica del neolítico, que las conexiones aleatorias fueron extendiendo por el planeta: *La Primera Ola*, en la conocida terminología de Toffler. Un estadio que sigue caracterizándose por la autosuficiencia en un entorno medioambiental humanizado reducido, pero en el que aparecen ya, con las desigualdades sociales, las jerarquías entre asentamientos. Seguían produciéndose relaciones aleatorias entre los distintos asentamientos, pero la consolidación de nodos de interacción (cruces de caminos, esencialmente) y el descubrimiento y la extensión de la agricultura y la ganadería, hicieron posible la institucionalización de centros dominantes que proyectan información y acumulan energía. Se abre una tendencia secular a la concentración, que alcanzaría su máxima expresión en la sociedad industrial, esa *Segunda Ola* toffleriana de la que apenas estamos saliendo, y sobre la que aún navegan muchas sociedades.

La **sociedad industrial** y el sistema de relaciones de producción capitalistas que mejoró su

eficiencia, condujeron a la centralización y jerarquización del sistema de ciudades, y a la decadencia, en su momento de paroxismo (a partir de mediados del siglo XX) de los centros intermedios y pequeñas ciudades pre-industriales. La concentración de flujos se hizo en dos direcciones: de población, recursos y energía hacia los centros que articulan/determinaban el sistema, y de información, poder, bienes de equipo y bienes de consumo del centro a la periferia. A lo largo de siglo y medio los principales centros económicos del sistema industrial/capitalista se conforman en organismos habitacionales de tamaño creciente y de complejidad cada vez más inabarcable. Se suceden los términos para nombrar ciudades cuyo tamaño rompe cada diez años todas las previsiones y esquemas: de grandes ciudades a metrópolis, luego a megalópolis, regiones urbanas, ciudades-mundo.... Se agotan los términos, o llegan a resultar redundantes, y la inteligencia urbanística sólo puede concentrarse en intentar resolver los problemas generados por esas unidades centralizadoras de tamaño creciente, olvidando la problemática de los espacios circundantes (el territorio, el rústico, lo rural, lo salvaje, lo natural) y de los núcleos habitacionales inferiores en la jerarquía.

*Un sistema basado en la centralización absoluta*, y en la disponibilidad no menos absoluta de flujos ilimitados de energía a bajo coste, es, por propia naturaleza, insostenible, y la crisis de la energía, que se inicia en 1973, desencadenaría la mayor crisis económica global de la historia, hasta la fecha, y el bloqueo de los sistemas a todos los niveles. Las grandes ciudades se muestran incapaces de gestionar su propio metabolismo y, en el marco de la crisis, de sostener a la población. Las dos últimas décadas del siglo XX han sido las de la autorreflexión sobre el fracaso de la ciudad industrial como punto final de la historia, como el paraíso que habían prometido ser para la especie.

A todo ello ha ayudado *el amanecer de una nueva civilización*, que, según la metáfora toffleriana, se abre paso en medio del entorchocar de oleajes viejos. Una nueva civilización que no cabe en los contenedores (sistema productivo, unidades habitacionales, etc.) de la sociedad industrial. Hemos llamado, conscientes de introducir ruido al utilizar una denominación nueva, sociedad telemática a esa nueva civilización emergente, marcada por tres elementos básicos, que permiten romper y superar las barreras espacio-temporales:

- 1.La revolución de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (NTCI), especialmente por la óptica, la informática y las telecomunicaciones.
- 2.La globalización, o mundialización de las sociedades y los sistemas nacionales.
- 3.La virtualización, con ayuda de las NTIC, con la Internet como expresión social primitiva de esta virtualización.

¿Qué supone, en cuanto a la naturaleza de la ciudad, el advenimiento de la sociedad

telemática? En lo fundamental, una mayor complejidad de los flujos, y una estructuración en red de los sistemas; unos sistemas crecientemente fractalizados en los cuales el territorio, como sinapsis, descentraliza, relocaliza. Sólo se concentra la información y el conocimiento, que a la vez se difunden en forma fractal.

*Se trata, en suma, de la urbe global*, que definimos como el proceso por el cual los aspectos físicos y morales de la ciudad se extienden a todos los rincones del universo humano, “civiltizándolo”. No hablamos, por tanto, de meros hechos físicos. De hecho, en el ámbito de la urbe global, la ciudad ya no existe como espacio físico delimitado, sino que se extiende en una red de interconexiones que dificulta la definición de las unidades de gestión. Y, en este marco, la centralidad deja de tener importancia material; es únicamente un proceso de interrelación telemática entre protocentralidades diversas ubicadas en espacios físicos distantes entre sí. Y, sobre todo, en la urbe global el concepto de red sucede al de jerarquía en la ordenación de los flujos. Las dinámicas se hacen más complejas, y el azar pasa a jugar un papel muy importante en los asuntos humanos, una vez destruida la capacidad de controlar/prevenir todos los efectos de todas las causas posibles.

Por supuesto, no hablamos de metaciudades, lo cual convertiría nuestra reflexión en vacía metafísica –error en el cual, en cierto modo, cayó el propio Lefèbvre—. Evidentemente, en la *urbe global* los nodos se corresponden en parte con lugares a los que aún denominamos ciudades, y articulan la relación entre los individuos y los grupos sociales con la propia urbe, pero el espacio social de las ciudades difiere de su espacio geográfico contiguo (una ciudad puede dejar su *huella*, como contaminación, por ejemplo, a muchos miles de kilómetros de distancia, cuando sus ciudadanos se desplazan a descansar durante el verano), y de hecho el tamaño físico (tanto en extensión geográfica como en población) de las ciudades no constituye una variable consistente.

En la urbe global no es tan importante la jerarquía como la dirección de los flujos (información, capital, trabajo, energía) y las funciones que desempeñan los distintos nodos, pero no es menos cierto que la variedad, la velocidad, el grado y la continuidad de la interacción social se relacionan con el tamaño, la forma y la función de los lugares; de ahí que la clasificación de los nodos es, por tanto, de utilidad científica.

Naturalmente, estamos al principio del camino, apenas atisbando el nacimiento de la sociedad telemática, la conformación de la urbe global. De ahí que lleguemos a confusiones incluso al nombrarlas, y no haya acuerdo sobre sus efectos en las materialidades. Así, las tendencias espaciales en la sociedad telemática conducen, según algunos autores (más atados a conceptos periclitados, aunque con más capacidad de influencia mediática), a más concentración (Sassen, Castells), mientras que para otros conducen claramente hacia la dispersión; bien sea en forma de

las *Edges cities* y el *sprawl* (Garreau, Cervero), bien sea a través de los denominados *nuevos espacios de crecimiento* (Campos Venuti, Piore) surgidos como resultado de la desconcentración/deslocalización de actividades productivas, bien como fruto de iniciativas endógenas (distritos, tecnópolis...).

Una posición más atemperada presentan quienes, como yo mismo, consideran que, si bien los cambios sociales producidos por la sociedad telemática potencian las metrópolis, a la vez provocan cambios virtuales de posición de ciertos espacios periféricos, potenciando así algunas ciudades intermediarias (Benko, Lipietz), en la medida en que las jerarquías pierden consistencia. La investigación que realicé a mediados de la década pasada sobre la ciudad fronteriza de Badajoz me llevó a ese tipo de conclusiones.

¿Por qué es importante todo esto de lo que estamos hablando para la formación de los futuros urbanistas? No sólo porque hayan de aprenderlo para comprender mejor la ciudad, sino porque, en cierto modo, el ámbito de la interacción social es el ámbito de la acción del urbanista, y dicho ámbito ha venido modificándose históricamente, y ha cambiado de nuevo en la sociedad telemática.

Pensemos que en las sociedades agrarias la máxima distancia que un *campesino* podía llegar a desplazarse en toda su vida era de 25 km (salvo que le arrastrasen a una Cruzada, o a descubrir un Nuevo Mundo, sucesos ambos bastante improbables para la inmensa mayoría de la población), mientras que en el cenit de la sociedad industrial un *ejecutivo* parisino de las últimas décadas del siglo XX tenía accesible a diario buena parte del territorio nacional (midiendo la accesibilidad como la capacidad de ida y vuelta en el día con un máximo de cuatro horas de transporte por carretera, tren o avión). En la sociedad telemática el ámbito de interacción social de un *conectado* es la urbe global, lo cual modifica, por tanto de modo sustancial el propio ámbito de acción del urbanista, que ya no puede *pensar la ciudad* observando de manera unidireccional uno de sus nodos materiales, y para el que el territorio, esa sinapsis, pasa a ser considerado en cierto modo el jardín de la urbe global, y, por tanto, de plena responsabilidad del urbanista.

### **3. Condicionamientos culturales locales: glocalización**

El tercer elemento condicionante para tener en cuenta lo constituyen las propias tradiciones culturales locales, que afectan tanto la concepción disciplinaria del urbanismo como el modelo profesional del urbanista.

La forma en que nos enfrentamos a la globalización depende de nuestras particularidades, es glocal; la forma en que los urbanistas del futuro han de enfrentarse a la urbe global también lo es. O, dicho en otros términos, están condenados a diseñar localmente la urbe global.

En el siglo XXI los grandes urbanistas, tanto en la teoría como en la praxis, ya no van a surgir del Occidente escueto de Europa y de los Estados Unidos. Las mayores innovaciones van a producirse en los espacios en proceso de desarrollo, donde se localizan las mayores concentraciones demográficas del planeta, si aceptamos como principio que el desarrollo humano es el resultado de la adaptación social a las condiciones y las necesidades del entorno.

No obstante, conviene que prestemos atención, a modo de ejemplo, a algunas de las tradiciones principales en la praxis profesional, que en cierto modo se superponen a las rutas conceptuales para entender la configuración realmente existente y actual de los urbanistas. Se trata, de una parte, de la *tradición anglosajona del planificador*, instrumento de transformación social e intermediario entre las fuerzas del mercado, el Estado, la ciudadanía y el medio ambiente, y, de otra parte, de una *tradición más eurocéntrica, en la cual el urbanista es visto más bien como técnico proyectista*, mero ejecutor de la normativa estatal, y que a su vez presenta formas bien distintas, por ejemplo, en la tradición francesa, con un control corporativo débil, y la tradición hispánica, con un fuerte control corporativo por parte de determinados cuerpos técnicos (arquitectos e ingenieros de caminos).

De alguna forma, la tradición anglosajona se concreta en el *planning*, mientras la eurocéntrica se centra en el *zoning*, pero no hay que olvidar que hablamos de tipos ideales a la manera weberiana, pues las tradiciones locales son a menudo una hibridación entre ambas. De hecho, el principal lamento de los planificadores anglosajones en las últimas décadas del siglo XX fue la carencia de una zonificación que poco a poco se impone incluso en los Estados Unidos, mientras que los urbanistas europeos soñaban con hacer del mero trazado de límites (*zoning*), a que la normativa los ciñe, todo un proyecto planificador que sirviese incluso para transformar la vida de las ciudades.

En concreto, hay modelos bien distintos, aunque como consecuencia de la propia globalización/mundialización, cada vez tengan más elementos comunes. Veamos algunos de ellos, por lo que puedan aportarnos o sugerirnos.

**En Francia** la Oficina Profesional de Cualificación de los Urbanistas (Office Professionnel de Qualification des Urbanistes, OPQU) es un organismo dependiente del Ministerio responsable del urbanismo, que establece un sistema único de cualificación, según se proclama *“administrado por urbanistas y basado en criterios explícitos, basados en la práctica”*. La OPQU otorga un *certificado* de cualificación profesional, reconocido por el Ministerio responsable de urbanismo. Hay tres vías para el acceso al estatuto de urbanista cualificado:

1. Con una formación superior (cuatro años al menos) al nivel de grado/licenciatura, completada con una formación de posgrado específica en urbanismo, más una práctica de

al menos dos años en urbanismo.

2. Con una formación superior (cuatro años al menos) al nivel de grado/licenciatura, más una práctica de al menos cinco años en el ámbito del urbanismo.

3. Con una práctica de al menos diez años.

Como se ve, en el caso francés la práctica es, de fondo, el componente fundamental para ser considerado urbanista. Una práctica que ha de haberse realizado en alguno(s) de estos campos: consejo y asistencia a los constructores; realización de estudios de OT, planificación urbana, desarrollo local, urbanismo, política urbana y de la vivienda, y proyectos de ordenación desde la óptica del desarrollo sostenible; elaboración de directivas y esquemas de ordenación del territorio, documentos de urbanismo y planificación urbana; gestión de derechos del suelo; elaboración y evaluación de políticas públicas; dirección de estudios, dirección de equipos de proyectos; formación e información; investigación.

Ahora, sobre esta base, ¿quiénes son los urbanistas en Francia? Hemos analizado un directorio profesional, el de la Asociación de Profesionales del Urbanismo de Midi-Pyrénées (una región del sur de Francia), y la mayoría resultan ser arquitectos, aunque también hay un corto número que proceden de geografía, sociología, ciencias políticas, ciencias ambientales, paisajismo, etcétera.

En los **Estados Unidos** el concepto de *planner* (proyectista, trazador de proyectos... planificador) no es exactamente el de urbanista, pero cada vez se asimila en mayor medida. En concreto, los planificadores urbanos y regionales promueven el mejor uso de las tierras y recursos de la comunidad, incluyendo desde hace tiempo el *zoning* entre sus actividades. Se calcula que hay unos 29.000 *planners* en los Estados Unidos, y su formación habitual es un grado de maestría (dos años) en "*urban or regional planning*" (hay unos 80 *colleges* y universidades que ofrecen maestrías), aunque hay quien lo ejerce también con un grado de *bachelor* (en unos 10 *colleges* o universidades pueden encontrarse titulaciones de este nivel).

No hay una normativa específica, pero la American Planning Association, a través del American Institute of Certified Planners, certifica la cualificación, que se alcanza mediante una combinación de: formación más o menos específica, experiencia profesional, y un examen, del tipo de los que se realizan en profesiones como la abogacía. Sin embargo, la certificación ayuda en la promoción profesional, pero no habilita; el mercado es libre.

**Québec** (Canadá) sigue en gran medida el modelo francés, pretendiendo que el urbanismo investigue la calidad de vida, así como la armonización de las actividades y de la ordenación del territorio en relación con las necesidades de los ciudadanos y teniendo en cuenta las características del medio natural. Pero la Orden de los Urbanistas de Québec (equivalente a un

colegio profesional) define a los urbanistas, sobre todo, por lo que hacen:

- Analiza la ciudad, pero también la región y el territorio rural, como lugares de interacción desde las ópticas económica, social, política, cultural y medioambiental.
- Elabora, coordina, supervisa y verifica los instrumentos de planificación y de reglamentación en materia de urbanismo, específicamente los esquemas de ordenación, planes y reglamentos de urbanismo.
- Elabora programas para el desarrollo de los planes.
- Negocia acuerdos y convenios relativos a proyectos de ordenación y re-ordenación.
- Comunica eficazmente los resultados de estos estudios en las asambleas y debates públicos.
- Escucha y comprende las posiciones defendidas por los grupos de ciudadanos, los electos, los promotores y los desarrolladores de suelo.
- Gestiona y utiliza las nuevas tecnologías de la información

Es un modelo colegial más estricto que el francés, pues l'Ordre des Urbanistes du Québec (OUQ) exige una formación específica en urbanismo, más un *stage* (período de adiestramiento, o prácticas) de entre 12 y 24 meses, y un examen, que se celebra anualmente, basado en la legislación *quebecquois*. Lo que OUQ entiende por *formación específica* lo concreta al señalar las únicas titulaciones aceptadas, impartidas todas ellas en Québec. Así, la Universidad de Montreal imparte un *baccalauréat* (grado o licenciatura) en *urbanisme* y una *maîtrise* (maestría) en *Urbanisme*; la Universidad de Québec en Montreal imparte un *baccalauréat* (grado o licenciatura) en *urbanisme*; la Universidad de Laval imparte una *maîtrise* (maestría) en ordenación del territorio y desarrollo regional (ATDR); y la Universidad MacGill imparte un *master of urban planning*.

No obstante, la OUQ acepta una formación equivalente, cuya valoración queda al arbitrio de la propia Ordre, y que debe incluir en cualquier caso una experiencia de cinco años en la profesión.

En **Australia** el modelo de *planner* está más explícitamente orientado a los desarrollos local y regional, pero también incluye el urbanismo propiamente dicho entre sus actividades. El Planning Institute of Australia (que no habilita, es sólo una asociación profesional) regula la profesión, y para pertenecer a él sólo exige tener cualquier titulación universitaria.

Finalmente, nos referiremos a la **Unión Europea**, que aunque no tiene todavía una política definitiva al respecto, viene trabajando en algunas directrices. Los institutos nacionales, los colegios profesionales y las asociaciones científicas y profesionales europeas, así como los organismos responsables del urbanismo en cada país, han planteado en sucesivos encuentros lo que podría ser el futuro del urbanista en Europa. De sus recomendaciones extraemos los siguientes elementos claves:

- Se intenta homogeneizar el rol y la formación del urbanista.
- Se plantea la necesidad de una formación específica y homologable dentro de Europa.
- Se proclama el papel multitarea del urbanista: ordenación del territorio, planificación regional, planificación física y espacial, ordenación urbana y rural, medio ambiente.
- Se reconoce implícitamente el carácter transdisciplinario del urbanista, a partir de aproximaciones multidisciplinares al objeto

Respecto a la formación, se recomienda un tronco común más especialidades. Se propone un grado/licenciatura, más un posgrado, de modo que se sumen seis años de formación, incluidos dos de práctica profesional. También se baraja la opción de un posgrado de cuatro años: dos de formación académica y dos de práctica.

En realidad, todos estos modelos presentan una serie de elementos comunes bastante nítidos, que podemos sintetizar en los siguientes términos:

- El urbanista/planificador pretende trabajar para construir un mundo mejor.
- El urbanista no piensa sólo en la ciudad, sino también en el territorio, en lo urbano y en lo rural.
- Se espera del urbanista una formación transdisciplinaria, así como habilidades sociales.
- La experiencia es la auténtica madre del conocimiento urbanístico.

#### **4. La virtualización de la formación**

Finalmente, el último elemento para considerar se refiere al propio proceso formativo. Durante el siglo XX se han producido tres grandes revoluciones tecnológicas, ya comentadas, que, además de otros ámbitos productivos, han transformado profundamente la producción y la transmisión del conocimiento y, en consecuencia, la enseñanza superior:

- La de las tecnologías ópticas, que ha generado no sólo los retroproyectores, sino también las fotocopiadoras y las bases documentales microfilmadas, y que han permitido introducir los primeros recursos multimedia en el aula, a través del vídeo.
- La de la informática, mucho más profunda y definitiva, que ha afectado absolutamente todos los pasos del proceso productivo tanto en la investigación como en la enseñanza.
- La de las telecomunicaciones, que, en definitiva por medio de su principal recurso visible, la Internet, ha hecho realidad el sueño mcluhaniano del aula sin muros, llevándolo más allá, hasta el aula virtual.

Hace casi cuatro décadas que Marshall McLuhan anticipó el fracaso de la enseñanza contemporánea, basada en el libro, cuando los nuevos medios posibilitaban ya la vuelta a una forma de aprendizaje basada más en el hacer. Ivan Illich, en *La sociedad desescolarizada*,

proponía hace tres décadas que la educación podría organizarse fácilmente, en términos de libertad y autonomía, con base en lo que denominaba *redes de aprendizaje*.

Hoy todo aquello que parecían ensoñaciones utópicas y *boutades* son una realidad. Basta encender un computador conectado a la Internet, y, como por arte de magia, nos aparecen las *tramas de aprendizaje* de las que hablaba Illich: portales y listas de correos especializados, tabloneros electrónicos de anuncios de búsqueda de *partenaires* para la realización de aprendizajes e investigaciones... Todo ello a una escala que aquellos teóricos no podían imaginar.

La investigación y la enseñanza superior se han hecho particularmente dependientes de los sistemas globales de transporte y comunicaciones, contribuyendo cada unidad a lo que John Urry denomina *el stock global de información*, que es la encarnación de la metáfora construida a mediados del siglo por el físico y teólogo Pierre Theillard de Chardin, para quien la inteligencia humana, como globalidad, forma una red que se superpone a la superficie del planeta, constituyendo lo que llamó la *noosfera*.

Así, la cultura, como ha puesto de manifiesto Michael Gibbons, uno de los principales expertos mundiales en educación superior, ha pasado de ser el producto exclusivo del trabajo de individuos aislados, en disciplinas particulares, y en un Estado-nación determinado, a ser un producto multiautor, multidisciplinario, multinacional y multiinstitucional.

En realidad, lo que todo esto pone de manifiesto es que la *globalización* es un proceso que va mucho más allá de la internacionalización de los capitales, y que alcanza también al conocimiento, incidiendo, lógicamente, en la forma en que éste se produce, se acumula y se distribuye; la globalización es también, por tanto, como ha expresado Appadurai, una nueva arquitectura para producir y compartir conocimientos que crea nuevas formas de diálogo entre académicos, intelectuales, empresarios, activistas y responsables políticos. Una arquitectura del conocimiento que se opone de modo radical al modo tradicional.

Estos procesos vienen afectando, lógicamente, la propia concepción de la enseñanza superior, en la cual observamos cómo, también en este caso, se enfrentan un modelo tradicional, pasivo, centrado en el profesor, instructivo, cuyo objetivo es *enseñar* mediante la mera adicción de conocimiento en forma de explicación; y un modelo moderno y tecnológicamente avanzado, activo, centrado en el alumno, en el cual predomina el estudio independiente, la acción educativa/formativa, que entiende el aprendizaje como una capacitación para el *hacer*, y cuyo objetivo es *aprender*.

Los nuevos medios, esto es, las nuevas tecnologías de la Información (NTI), como expresión unificada de las tres revoluciones citadas, son una realidad de la que no podemos, aunque quisiéramos, escapar, que están modificando con profundidad desde la forma en que se organiza

la enseñanza superior y la expresión de las instituciones que la encarnan, hasta la forma en que los profesores enseñamos.

Una de las formas más habituales en la universidad de esconder la cabeza frente a ese vendaval, y aguantar un poco más con los viejos hábitos, es asimilar las NTI a lo que ya se denominan *campus virtuales*. Como su desarrollo ha de basarse en un capitalismo global de la educación que no termina de consolidarse, porque precisa infraestructuras de calidad y una población tecnológicamente alfabetizada, la conclusión que, a modo de *filosofae consolatio*, adoptan muchos profesores podría expresarse así: “Bueno, todo esto está ahí, pero tardará, y quizá ni lo veamos”.

Sin embargo, no sólo *está ahí*, sino que además se extiende no como la espuma, sino como las formaciones cristalinas: en forma fractal, o, lo que es lo mismo, de modo exponencial, y en red. En 1999 la Jones International University, en Denver (Colorado), se convertía en la primera universidad totalmente virtual acreditada en los Estados Unidos; pero sólo un año más tarde algo más de 350 universidades de variada categoría de aquel país ya ofrecían estudios *on-line* de licenciatura, posgrado o doctorado, incluidas aquellas que más resistencia parecían ofrecer amparadas en sacrosantas tradiciones, como las de Columbia, Harvard o Stanford. En España la Universidad Abierta de Cataluña (UOC) ha sido la pionera como universidad virtual, y en el año 2003 son ya muchas las universidades españolas y latinoamericanas que ofrecen enseñanzas virtuales en pregrado, posgrado y doctorado.

Pero el tiempo vuela en el sentido menos musical de la frase. Pues en un plazo breve, los usuarios de la red de los países tanto desarrollados como en vías de desarrollo van a empezar a descubrir que les resulta más barato, y les genera mayor valor añadido, el estudiar una carrera a distancia en una buena universidad norteamericana, que estudiar una carrera, presencial o a distancia, en una universidad de su propio país, masificada y carente de recursos esenciales.

La virtualización parcial de las universidades abre el camino a la realización de cursos de posgrado, incluidos los programas de doctorado, en los cuales la asistencia presencial se reduzca a los mínimos exigibles para asegurar un cierto conocimiento entre el alumnado y entre éste y el profesorado. Cursos que, por otra parte, pueden ofrecerse más allá de las fronteras ecológicas de las universidades.

Naturalmente, esa infraestructura exige cuantiosas inversiones. Pero sólo las primeras universidades que opten por salir de la abulia tecnológica podrán aprovechar este nuevo mercado del conocimiento. Cuando las NTI formen parte de nuestra cotidianeidad, las que hayan quedado rezagadas quedarán en definitiva postergadas, porque no dispondrán de recursos suficientes y habrán visto además reducido de modo sustancial el número de sus alumnos.

La primavera suele venir sin que sepamos cómo ha sido. Todos los años, desde hace miles de siglos, se repite el ciclo. Sin embargo, de las revoluciones tecnológicas conocemos su origen, cómo se producen, y a dónde conducen. Y sólo pasan una vez ante nuestra puerta. La responsabilidad de incorporarnos a ellas, o quedar estancados, es compartida (del Estado, las regiones, las universidades, y del propio profesorado), y el tiempo apremia.

Por tanto, ¿vamos a tener siquiera urbanistas que formar? La clave está, de nuevo, en la exacta comprensión de la globalización y la sociedad telemática: en el reino de lo glocal. Sólo estudiarán si:

- Se consigue transmitir que el urbanista, el planificador, tiene que insertar su formación global en lo local.
- Se ofrece ambas perspectivas (global/local) en la formación.
- Se virtualiza la enseñanza en todo aquello en lo que la presencia física no es realmente imprescindible.

De otra forma, no me cabe ninguna duda de que preferirán '*irse*' a la Ohio State University, o cualquier otra de las que, con buena o mala calidad, ofrecen ya formación como *planners* en la red. Y en inglés.

## Bibliografía

- Baigorri, Artemio. "Speculum speculator. ¿Sociedad urbana, o capitalismo urbano?", en *ExtremaDuda*, No. 0, 1990, pp. 17-25.
- . "Del urbanismo multidisciplinario a la urbanística transdisciplinaria. Una perspectiva sociológica", en *Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales*, Vol. III No. 104, 1995, pp. 313-328.
- . "Urbanización y violencia. Un ensayo de interpretación de la violencia ambiental en el deporte", en M. García, Fernando y J. R. Martínez (eds.), *Ocio y deporte en España. Ensayos sociológicos sobre el cambio*, Valencia: Ed. Tirant lo Blanch, 1996, pp. 339-352.
- . "De la *terra ignota* al jardín terrenal. Transformaciones en los usos y funciones del territorio en la urbe global", en *Ciudades*, No. 4, 1998, pp. 149-164.
- . "De la naturaleza social de la naturaleza", en M. Pardo (ed.), *Sociología y medio ambiente. Estado de la cuestión*, Madrid: Fundación Fernando de los Ríos, 1999, pp. 103-114.
- . "La red urbana ibérica", en L. Macorra y M. Brandão (eds.), *La economía ibérica: una fértil apuesta de futuro*, Mérida: Editora Regional de Extremadura, 1999, pp. 261-289.
- . *Hacia la urbe global. Badajoz, mesópolis transfronteriza*. Mérida: Editora Regional de Extremadura, 2001.
- . "Hacia la universidad virtual", en *Puertas a la Lectura*, Nos. 12 y 13, Lectura, Economía y Empresa, mayo 2001, pp. 14-18.

La mayor parte de mis trabajos pueden encontrarse en mi web:  
<http://www.unex.es/sociolog/BAIGORRI/index.htm>.